



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

DEVASTACIÓN

TOM KRISTENSEN

TRADUCCIÓN DE BLANCA ORTIZ OSTALÉ



errata naturae

*Teme al alma y no la cultives,
pues parece un vicio.*

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Hærværk*



Co-funded by the
Creative Europe Programme
of the European Union

© Tom Kristensen & Gyldendal, Copenhagen 1930

Published by agreement with Gyldendal Group Agency

© de la traducción, Blanca Ortiz Ostalé, 2018

© Errata naturae editores, 2018

c/ Alameda 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-77-6

DEPÓSITO LEGAL: M-22481-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Wolff & Tritzschler / Ullstein Bild vía Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

I

ENTRE OPINIONES

CAPÍTULO PRIMERO

Ya estaba sonando el teléfono otra vez.

Ole Jastrau, que leía tendido en el diván, dejó el libro a un lado, abierto. Por pura comodidad no lo puso en la mesa, sino en lo alto de un rintero de ejemplares intonsos aún por reseñar apilados en el suelo, con sus lomos lisos, como un edificio nuevo. Era la temporada literaria de primavera, que aguardaba su crítica en *Dagbladet*¹. Jamás la ponía en la mesa, donde sólo tenían cabida el teléfono, negro y reluciente, y el fetiche africano, oscuro y áspero.

Después se recostó en el diván, hizo un par de muecas para suavizar sus rasgos mongoloides y resultar agradable y, por último, extendió el brazo con sensación de hastío para descolgar el aparato.

—¡Ole Jastrau al habla! —contestó por la bocina. Estaba cómodamente tumbado boca arriba. Muy sugerente hablar con un interlocutor mientras se veía a sí mismo flotando en el aire en horizontal—. ¿Cómo dice? ... ¿La asociación de qué? ...

¹ El periódico en el que trabaja Ole Jastrau, *Dagbladet* [El Diario], es un trasunto del diario *Politiken* con el que Kristensen colaboró desde 1923. (Todas las notas de esta edición son de la traductora).

¡Ah! ¿Que si me interesaría dar una charla? ¿Sobre qué? ... Pero es que yo no tengo nada que decir, absolutamente nada; se lo aseguro, señor Raben. —Se quedó mirando el techo blanco y cuadrado. Yermo, como su filosofía de vida. Sólo una lámpara de colores vagos se agitaba, mecida por la corriente, con fantasmales movimientos de medusa; como una mente humana. Qué grande y qué yermo, aquel techo—. ¿Filosofía de vida? ¡Ja, ja! ... ¿Adónde quiere ir a parar? *Lebensanschau-ung!*

Y, divertido, puso ambas piernas en alto.

—¡Qué hace papá con las *piednas!* —chilló una voz infantil, que llenó la habitación al tiempo que una cabeza redonda de rizos rubios asomaba encima de la mesa; por una de las ventanas de la nariz le salía una burbuja cristalina—. ¡Ah, qué hace papá con las *piednas!*

Su entusiasmo hizo estallar la burbuja.

—¡Chist, Oluf! ¡Calla! ... Pero no, mi querido señor Raben, hablando con claridad: no tengo tiempo, demonios... ¿Cómo dice? ... ¿Que si voy a ir al periódico mañana por la noche a seguir los resultados de las elecciones? En todo caso, a reírme de nosotros mismos, porque... ¡Dios mío, cómo nos van a dar! ... ¡Para el pelo! ¡A todo el radicalismo le van a dar! ... ¡Sí, sí! ¡No le quepa duda! ... ¿A votar? ... ¿Yo? No. ¡No me apetece!

En ese instante sonó el timbre de la puerta.

—¡Están llamando! ... ¡Tengo que dejarle, adiós! ... ¡Adiós! —Colgó el aparato—. ¡Ah, que se vaya al cuerno!

—Al *cuedno*, ja, ja, al *cuedno* —repetía Oluf como un eco juguetón mientras su tripa, redonda, se marcaba por debajo del jersey—. ¡Ja, ja, ja!

Volvió a sonar el timbre de la puerta. Cauteloso. Precavido.

—¡No te muevas de aquí, Oluf!

Y Jastrau salió al pasillo.

A través de los largos cristales esmerilados de la puerta de la calle vislumbró una sombra al fondo, hacia la derecha. ¡Seguro que era un mendigo! Por cierto, ¿cuándo pensaría volver Johanne y librarlo de tener que estar yendo y viniendo del diván a la puerta cada vez que llamaban? ¡Y para colmo debía acordarse de estar pendiente de esa dichosa estufa! ¡Ojalá que Oluf no tropezara con ella y se quemase! ¡Y ahora el mendigo! Jastrau abrió con la sensación de quedar expuesto también a un ataque por la espalda... la estufa... el fuego que se salía... ¡Oluf, que se caía y se hacía daño!

Un hombre con la cabeza roja como una langosta. Permanecía encorvado a gran distancia de la puerta. Humilde. Pero ¿qué le pasaba en los ojos? Era como si le hubiesen arrancado todas las pestañas una por una. Los tenía en carne viva hasta el mismísimo globo ocular. ¡Era tan espantoso que hacía daño a la vista! Como cuando se mete en el ojo una punta del pañuelo.

—No, lo siento... aquí no damos limosna a los pedigüeños —contestó Jastrau; y, pasando bruscamente del embarazo a la brutalidad, cerró con tal portazo que los cristales tintinearón.

Oyó cómo el personaje se alejaba escaleras abajo arrastrando los pies; sin embargo, el recuerdo de aquella cara de pordiosero de color rojo langosta se le quedó pegado, como una sensación húmeda que se adhiere al rostro. ¡Aquella mirada astuta y suplicante, aquellos párpados descarnados! ¡Aquella cara roja! ¿La recordaría durante muchos años? Como un ocaso de repulsión.

Hurgó en el bolsillo del chaleco con el índice encogido. Tocó latón. ¡Una moneda de dos coronas! Era un despropósito, un sentimentalismo, dar tanto a alguien que iba pidiendo de casa en casa. Pero... Jastrau abrió la puerta de par en par

y, corriendo por la angosta escalera, triste como una escalera de servicio, bajó dos pisos. Tenía que deshacerse de aquella imagen, de aquella alucinación.

—¡Eh! ¡Oiga!

La cara de color rojo langosta se volvió y levantó la vista hacia él. El mendigo se encontraba unos peldaños más abajo. Sus ojos parpadearon.

—¡Tome! ¡Tenga!

Y Jastrau le entregó el dinero. Al instante giró sobre sus talones con la sensación de haber comprado el derecho a volver la espalda. Y subió lentamente.

Pero, vaya, ahí estaba otra vez la ventana. Se detuvo. El cristal se había roto. Con la escasez de vivienda que había, seguramente el casero no quería molestarse en gastar los pocos céntimos que costaría cambiarlo por uno nuevo. Sin embargo, el aire frío que entraba traía un no sé qué suave. Un toque de primavera. Por cierto, ¿habían empezado ya a echar brotes los árboles? Imposible verlo en aquel patinillo atestado de barracas para las bicicletas y cubos de basura. ¡Un aire fresco y vivaz! La ventana rota era como un respiradero. Y hay que prestarle atención a la primavera mientras dura.

Pero... ¡la estufa!

De pronto se oyó otra vez el teléfono. En su casa. Su sonido llegaba hasta las escaleras a través de la puerta abierta. No podía permitirse el lujo de estar allí ni un segundo más, llenándose el alma de aire y de espacio, prestándole atención a la primavera mientras dura.

¡No, no quería ser esclavo de aquel teléfono! ¡Él, que necesitaba calma para leer y reseñar! ¡Necesitaba calma! De manera que despacio, ¡despacio! Y se obligó a calmarse y subir las escaleras lentamente.

—¡Papá! ¡Llaman al teléfono!

Oluf se había sentado en el suelo, entre el sofá amarillo y la silla rococó de respaldo ovalado. Sólo la cabeza inclinada con sus rizos asomaba como un crisantemo. Lo envolvía una atmósfera de frenética actividad. Los rizos ocultaban algo prohibido.

—¡Papá! ¡Suena el teléfono! —repitió. Tal vez para desviar su atención.

—Sí, ya lo sé, ¡maldita sea! —susurró Jastrau con una sonrisa. No le gustaba renegar delante del niño. ¡Pero esa estufa...! Y, con paso tranquilo, como si quisiera someter al teléfono a una lenta tortura, se acercó a la enorme estufa verde de porcelana.

Seguía encendida. ¡Gracias a Dios! Pero ¿cuándo pensaría volver Johanne? Había dicho que sólo salía un momento a comprar unos zapatos. ¡La ceniza! Abrió y sacudió un poco la rejilla, lo que provocó que una lluvia de ascuas cayese en el cenicero.

Entonces el teléfono sonó otra vez. Aún más fuerte.

—¡Papá! ¡Llaman *pod* teléfono! —resonó triunfante. Por lo visto era imposible huir del destino. Y el montón de libros sin reseñar ahí, espera que te espera.

Como si ya hubiese abandonado toda esperanza de llegar a tener algo de calma, se puso en movimiento, le echó mano al teléfono, malhumorado, y se acercó a la ventana a mirar la casa de enfrente con desesperación. Unas ventanas de un cuarto piso en estilo románico de imitación. Unos visillos blancos, siempre echados.

—¡Ole Jastrau al habla! ... ¡Ah, eres tú! ... Estupendamente, ¿y tú? ... Bueno, gracias, ¡me encantaría si tengo tiempo! ... ¡Claro! ... ¡Claro! ¡Déjame ver! ... De aquí a ocho días, el jueves. A las ocho. ¿Esmoquin? No, frac. Vamos, ¡con las pinturas

de guerra al completo! ... ¡Espera un momento! ¡Deja que lo anote!

Sacó una libreta y escribió: «Eyvind Krog. Jueves 24 de abril a las ocho».

—Sí. ... Sí. ... ¿Perezoso? ¿Tú crees? ... Ya, pero es que todo eso de las reseñas lleva su tiempo. ... Se vuelve uno medio loco de tanto leer las opiniones absurdas de los demás. ... Que sí, maldita sea. ... Todas absurdas.

Lo que hablaba ese Krog. Jastrau, mientras tanto, observaba la casa de los vecinos con aire ausente. Tan sólo en una ocasión había visto a una mujer descorrer los visillos. Un rostro blanco como la tela misma, un gesto adusto en una boca grande, oscura. Una máscara de escayola a la luz de la mañana. Pero no había tardado en descubrirle y apresurarse a correr los visillos, molesta.

—No, Eyvind. No tengo tiempo para poemas, demonios.

Y Eyvind Krog seguía hablando. Y seguía. Y seguía. A Jastrau le dolía la oreja de mantener apretado el auricular, tenía calambres en los dedos de sostener el aparato. Lo que podía hablar ese Krog. ¡A mirar el tejado de enfrente! Y las chimeneas en lo alto, solitarias bajo el cielo como mojones de una meseta... rara vez iba allí nadie.

—Oye, no. ¡Ja! ... No. Para escribir poemas lo que hace falta es espacio. Salir por ahí antes de escribirlos y saber que podrás salir por ahí cuando ya estén escritos. ... ¿Pereza? No. Ociosidad cósmica, para eso lo que hace falta es tiempo, si no adiós versos. ... No... últimamente sólo tengo esa sensación de espacio tan productiva delante de un whisky con soda... pero cuando bebo no puedo escribir. ... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Ja! ... Sí. ... Las cogorzas son poemas que no logran tomar forma. Un King George IV o un Doctor's Special. ... Me entra sed

sólo de pensarlo. ... ¿Qué? ... ¡Ah, John Haig! ... Ja, ja, no me digas... te aseguro que pienso trasegar cantidades cósmicas... bonita expresión, esa que has inventado... *Einstein* con soda, ¿qué te parece?... ja, ja... que sí, leñe... sí... vivir en la cuarta dimensión. ... Iré. ... Recuerdos a tu mujer. Adiós, chico... ja, ja, ja.

Pero, nada más colgar, su afable sonrisa telefónica se desvaneció y un último «ja» revoloteó sin rumbo por la habitación como una hoja marchita. Cansado, apoyó la mano en el montante de la ventana. La luz de la tarde iluminó su fofo rostro. Aún no estaba demasiado estragado; pero sí era un rostro cansado, algo impreciso y sin carácter. El labio inferior sobresalía, imprevisible.

¿Por qué le habría preguntado Krog por sus poemas?

Su semblante se volvió inescrutable. Con aquellos rasgos igual podía acabar siendo un sabio que un borracho. De ahí el aire vagamente mongoloide.

De repente, empujó con el pie el montón de libros. ¡Ah, había que aprovechar cada minuto! Pero, antes, una pipa. Ay, sí, también tenía que acordarse de llamar a aquel editor, y luego estaba el número que Johanne había anotado en la libreta; ese número... ¿de quién era?

—¡El *hombde!* —exclamó Oluf desde detrás de la silla roco-có; sonaba como si estuviese golpeando la pata del sofá con algo de madera.

¡No! Jastrau se volvió rápidamente hacia la mesa. El fetiche africano ya no estaba. El niño no podía dejarlo en su sitio ni un instante. El mozalbete no tocaba nunca lo demás —y eso que la mesita oval era un auténtico hervidero de bibelots—, pero en cuanto lo perdían de vista siquiera un segundo, se hacía con «el hombre» y lo secuestraba.

—Oluf, haz el favor de volver a poner al «hombre» donde estaba.

Se hizo un silencio absoluto. Lo único que veía era unos ojos que lanzaban llamaradas de ira por debajo del brazo de la silla.

—¡Vamos!

Y Oluf se puso boca abajo lentamente, gateó con el fetiche entre las garras y se levantó, no sin dificultad. Su labio inferior se frunció en un puchero.

—Buen chico —aprobó su padre.

Oluf devolvió el fetiche. Sin embargo, nada más entregarlo salió bamboleándose hacia la habitación contigua y desapareció por la puerta que conducía a un pasillito que comunicaba el comedor con la lejana cocina.

Un episodio que se repetía con frecuencia. El padre echó a correr tras él con una sonrisa. Y ¡premio! Ahí estaba el chiquillo, con el brazo apoyado en la puerta de servicio, el último confín de la casa, con el rostro oculto en el brazo y llorando en silencio, callada y amargamente. Aunque trataba de dominarse, el niño, con los rizos bajándole por el cuello como una peluca y las perneritas del pantalón apretadas por encima de las rodillas desnudas, no podía evitar que temblase la cerradura de la puerta.

—¡Vamos, vamos, Oluf!

—¡No quiere *vedte*! ¡Oluf quiere llorar solo!

El padre no fue capaz de contener la risa. Era lo más sencillo. Pero, a pesar de todo, se veía impotente, rechazado por aquel pequeño carácter de tres años. Y sentía una angustia, barruntaba... ¡no! Había que reírse.

En ese momento, volvieron a llamar a la condenada puerta. ¿Acaso su vida era una farsa? ¿Tenía que dividirse entre aquellos

dos timbres eternamente repiqueteantes, el del teléfono y el de la puerta? Sin paz en su propio hogar. ¿Qué era un hogar? Una sala de espera. Una centralita. Una antesala del infierno.

Además, seguro que se trataba de otro mendigo.

Fue hasta la puerta. Más allá de los cristales mates había dos sombras, pero estaban tan cerca que por el centro eran negras, y grises y nebulosas sólo en el contorno.

Abrió.

—¡Buenos días, Ole!

Jastrau entornó los ojos sorprendido, porque en la escalera había más claridad que dentro, en el pasillo. Pero no reconoció a las dos figuras.

—Buenos días —respondió vacilante.

El que estaba más cerca, el que había saludado, llevaba puesta una gorra sucia. Unas gafas de sol oscuras ocultaban su rostro. Y un elegante abrigo claro de entretiempo con manga raglán terminaba de confundir la impresión que causaba. Tenía los labios tensos, como si estuviera sorbiendo algo. Sin embargo, de pronto los relajó y su boca se hizo más grande. Por lo visto, estaba actuando.

—¿Es que no me reconoces? —preguntó con una voz profunda e insinuante de tono grave y hermoso.

Jastrau lanzó una mirada fugaz a la otra figura. Era un tipo alto y encorvado. Una gorra deformada a fuerza de encasquetarla siempre en la frente revelaba la forma oblicua y puntiaguda del cráneo. Iba a cuerpo, pese a que aún hacía frío. Y llevaba las manos en los bolsillos y la espalda encorvada, como un rufián de Nyhavn.

No, a ése no lo conocía. Jastrau no podía formarse ninguna opinión de él. Lo único que percibía eran sus ojos de esmalte clavados en él.